

JUAN REJANO EN EL EXILIO*

En la conferencia de clausura de este inolvidable congreso, me propongo rescatar del hacha implacable del olvido algunos recuerdos de mi convivencia de tantos años con el poeta, amigo y camarada Juan Rejano. Pero, acerca de los años anteriores a esta convivencia, diré algunas palabras.

Conocí a Juan en los años convulsos de la República en Málaga; tal vez, en 1934. Me llevaba unos doce años, lo cual cuando se tiene dieciocho es una diferencia vital e intelectual notable. La Málaga de entonces era un verdadero hervidero político y cultural. En lo político estaba polarizada entre una derecha agresiva, que no aceptaba las tímidas reformas de la República, y una izquierda, en parte liberal y en parte revolucionaria. Aunque esta polarización se daba en toda España, era aún más intensa en Málaga. Su vida cultural, alentada por la Sociedad Económica de Amigos del País y la Sociedad de Ciencias, era muy activa. Rejano, desde la directiva de la Sociedad Económica, contribuyó considerablemente a esa eclosión cultural. Aunque autodidacta —Juan siempre lo fue—, contaba ya con un apreciable bagaje literario, que había enriquecido años antes en Madrid. Ahí había colaborado en varias revistas: *El Estudiante*, *Nueva España* y *La Gaceta Literaria*, y había trabado amistad con conocidos escritores de la época, hoy injustamente olvidados, como Salazar Chapela, Joaquín Arderús y César Arconada. Y en ese Madrid de los pri-

* Publicado en *Juan Rejano y el exilio de 1939 en México* [Actas del Congreso Internacional homónimo, realizado en Córdoba, España, el 25 de noviembre de 2000]. Córdoba, Delegación de Cultura de la Diputación de Córdoba, 2002, pp. 176-186.

meros años de la República, fue secretario de la editorial Cenit y amigo de quien estaba al frente de ella: Rafael Giménez Siles.

Volvió Rejano a Málaga con cierto prestigio por su vinculación con la famosa editorial y sus colaboraciones literarias. Para nosotros, los jóvenes aspirantes a escritores, Juan constituía un punto de referencia indispensable no sólo como escritor —aunque todavía no formaba parte de su obra la creación poética—, sino también por la cordialidad, simpatía y comprensión con que nos acogía. Esta relación nuestra con Rejano, que no llegaba a ser amistosa, estaba llena, sin embargo, de admiración, respeto y afecto. Y así se desenvolvía cuando estalló la sublevación militar del 18 de julio de 1936. Fue un corte radical en nuestras vidas, y cada quien tomó el rumbo que pudo en tan terribles circunstancias. Rejano fue llamado a hacerse cargo del Gabinete de Prensa del Gobierno Civil de Málaga, y yo me consagré a las tareas que imponía la militancia en las Juventudes Socialistas Unificadas.

Después de la caída de Málaga en febrero de 1937 y durante el resto de la guerra, vi poco a Juan. Ambos teníamos actividades semejantes, pero en distintos sitios. Rejano como redactor-jefe del periódico *Frente Rojo*, del Partido Comunista, primero en Valencia y después en Barcelona, y yo, en el asediado Madrid, como director del diario *Ahora*, órgano central de las Juventudes Socialistas Unificadas, hasta que en septiembre de 1937 y hasta el final de la guerra, me incorporé al frente. Así pues, apenas si tuvimos ocasión de vernos durante los casi tres años de guerra. Fue precisamente al término de ésta, en abril de 1939 y ya en Francia, cuando coincidimos sin preverlo en un albergue que la Asociación de Escritores Franceses había dispuesto, cerca de París, para un grupo de sus homólogos españoles. Con nuestro emotivo encuentro en aquel albergue se inicia una convivencia entrañable que, desde entonces, se vuelve casi diaria hasta su muerte.

El albergue ocupa parte de los terrenos donde hoy está el Aeropuerto Charles de Gaulle, y lo constituía un espléndido castillo con cuidados jardines y un frondoso bosque a su alrededor. Después de los tormentosos días de la guerra y de los

desesperantes jornadas después de pasar la frontera, aquello nos parecía un regalo de dioses. Estábamos encantados, aunque nuestro encanto se veía turbado, a medida que pasaba el tiempo, por la incertidumbre de nuestro porvenir inmediato, agravada por los vientos que soplaban de la guerra que habría de estallar meses después.

En el albergue Juan y yo disponíamos de todo el tiempo para dar largos paseos por los jardines y el bosque, para conversar mezclando recuerdos y esperanzas. De pronto, Juan se apartaba y se recluía en su habitación por unas horas. Resultaba que había vuelto a escribir, no la prosa periodística de urgencia, sino poesía. Los poemas que allí nacían, ya bajo el duro y duradero signo del destierro, los agruparía más tarde bajo el título de *Memoria en llamas*. Son poemas de una intensa pasión sólo contenida — como sucede en casi toda su poesía — por su perfecta estructura formal. Así lo testimonian estos versos que tuve el privilegio de escuchar entonces en su propia voz: “Nací para morir en tu costado, / para quemarme en ti cuando me enciendas, / para hundirme en tu tierra, desterrado”.

Llevábamos ya largos, larguísimos días, con el peso cada vez mayor de nuestra incertidumbre, cuando de pronto nos llega el aviso de que nos prepararíamos para viajar a México, acogidos a la generosa hospitalidad que su presidente, el general Cárdenas, brindaba a los republicanos españoles. Cuando días después abandonamos el castillo para tomar el tren que nos conduciría a Sète, puerto del Mediterráneo en el que habríamos de embarcar, nos conmovían dos sentimientos encontrados: de júbilo y tristeza. De júbilo, ante la perspectiva de poder rehacer nuestras vidas; de tristeza, porque al atravesar el océano, echaríamos más tierra, o más agua, entre nosotros y los seres queridos que que daban en España.

El día que llegamos al muelle de Sète, nos encontramos con el poeta Pedro Garfias, y los tres decidimos alojarnos en camarotes vecinos; pero, en vez de ello, fuimos a parar a la bodega, junto a la ruidosa sala de máquinas. El viaje del *Sinaia* duró dieciocho días. Para los mil ochocientos pasajeros que lo atiborraban, la

travesía fue una experiencia insospechada e inolvidable. Atrás quedaban casi tres años de sufrimientos y delante la alegría de una nueva vida en tierra libre, aunque extraña. Una bella y activa mexicana, Susana Gamboa, estaba al frente de la expedición. Ella promovió una serie de actividades para paliar nuestra ignorancia sobre la vida y la historia mexicanas y para hacer más llevadero el largo viaje. Para entender a una y otra, apareció desde el primero hasta el último día el diario (en mimeógrafo) del *Sinaia*. En su redacción, Rejano desempeñaba un papel importante. El periódico publicaba artículos sobre México, avisos de los actos de cada día y reseñas de la vida social y cultural del barco. El último número, dedicado en su mayor parte a México y coordinado por Rejano, ofrecía el famoso poema de Pedro Garfias “Entre España y México” y diversos artículos, entre ellos uno de Juan sobre la Revolución mexicana y otro, mío, sobre el general Cárdenas.

Durante los dieciocho días del viaje, nos sobraba tiempo para conversar en nuestros “camarotes”, en la cubierta o en la proa del buque. Nuestras conversaciones giraban, un día y otro, sobre los mismos temas: el trágico final de la guerra, el extenuante cruce de la frontera, las aventuras de nuestro breve exilio en Francia, los amigos o familiares que habíamos dejado en España y la halagüeña perspectiva de llegar a un país amigo y en condiciones de libertad, pero también con la inquietud de no saber cómo sería nuestra nueva vida. Finalmente, las conversaciones desembocaban en la nostalgia —exacerbada en Juan— al recordar una flor, una calle, una plaza, un familiar o un amigo.

Desembarcamos en Veracruz el 13 de junio de 1939, conmovidos por el entusiasta recibimiento de los jarochos. A Rejano le tocó alojarse en el mismo barco que nos había traído, y a mí en la Escuela Nacional del puerto. La comida la hacíamos en el trasatlántico, el *Manuel Arnúas*, que llevaba varios meses varado porque sus marineros se habían negado a volver a España al quedar, toda ella, en manos de Franco. Para llegar a él, a la hora de la comida, teníamos que caminar bajo un tórrido sol que sólo se aplacaba con las tormentosas lluvias de la tarde.

En su hermoso libro *La esfinge mestiza*, publicado seis años después, Rejano describe la impresión que le produjo Veracruz sin desprenderla de sus nostalgias y recuerdos. Refiriéndose al paisaje dice que “los ojos dolían de tanta luz y de tanto ardor violento”. Y en cuanto a la ciudad, escribe: “Tuve la impresión de hallarme frente a un Cádiz de 1840, un Cádiz romántico”. Y agrega, maravillado: “Los colores vivos de sus casas, el trazado de las calles, algunos balconillos o rejas que se divisan, la claridad cegadora que todo lo envolvía, completaron la amable sensación”.

Rejano no despega su visión de lo que ha dejado y ama. Al oír hablar a los veracruzanos, le parece que oye a los andaluces, aunque señala la diferencia que todos advertimos desde el primer momento: la cortesía del mexicano, que hace de ella “un postulado vital”. Y, con este motivo, repara en una expresión —equivoca para nosotros— en la que brilla el trato cortés del mexicano. Cuenta Juan que, en aquellos días, un veracruzano que paseaba con su mujer y sus hijos se acercó a él para hacerle una invitación en estos términos:

“— ¡Qué no me haría usted el favor de venir a comer con nosotros a su casa?”

Y Rejano, sorprendido y confuso, respondió:

“— ¡A la mía...? ¡Si yo soy un triste refugiado, sin patria, sin hogar y sin una moneda!”

Los pocos días que estuvimos en Veracruz nos sentíamos felices, pese a los bolsillos vacíos y a la incertidumbre y la nostalgia. A cada paso, nos encontrábamos con la calidez de los jarochos que, ciertamente, por su carácter abierto, comunicativo y alegre se parecían a los andaluces o, al menos, a una gran parte de ellos.

Una tarde nos topamos con un poeta, así se nos presentó, que nos invitó a su casa —a la de él— para leernos un poema suyo.

Dadas las atenciones recibidas, no podíamos negarnos. Ya en su casa, nuestro anfitrión empezó a leernos un poema épico, en octavas reales, que abarcaba desde la Conquista hasta la Revolución mexicana. Cuando ya llevaba una hora de lectura, Rejano le preguntó —lo más cortés que pudo— cuántas octavas quedaban, a lo que el poeta épico respondió sin inmutarse: “Doscientas octavas reales”. Después de lo cual tuvimos que recurrir a los pretextos más insospechados para poder librarnos de la montaña de octavas reales que nos amenazaba, y salir a la calle.

A los pocos días viajamos rumbo a la capital en un tren lentísimo que habría de llegar a su destino con tres o cuatro horas de retraso. Al pisar la capital, se abrió en nuestras vidas un nuevo e incierto capítulo, aunque no renunciábamos a la convicción de que nuestra estancia en ella no sería larga. El primer trabajo que nos ofreció, y que aceptamos inmediatamente, fue el de redactores del periódico semanal *La Voz*, del Partido Comunista Mexicano. El sueldo que se nos daba era bajísimo, pues los recursos del periódico eran muy escasos. Tan escasos que cada sábado había que empeñar las máquinas de escribir para recuperarlas al lunes siguiente. Gracias a ello podíamos cobrar nuestros mínimos salarios.

Mientras tanto había llegado a México, también como exiliado, el antiguo editor de *Cenit*, Rafael Giménez Siles, con el que Rejano había trabajado en Madrid y hecho una buena amistad. Giménez Siles, que se caracterizaba por una gran audacia empresarial, pronto obtuvo de destacados políticos mexicanos la financiación necesaria para fundar una ambiciosa editorial, conocida como EDIAPSA por sus siglas. Giménez Siles incorporó en seguida a su nueva editorial a Rejano, quien pronto le propuso hacer una revista cultural. Por aquel tiempo, dos jóvenes escritores exiliados, que en Madrid ya eran conocidos, Antonio Sánchez Barbudo y Lorenzo Varela, acariciaban la idea de hacer una revista literaria, pero no disponían de recursos económicos para publicarla. Rejano se puso en contacto con ellos y del encuentro de ambos proyectos surgió —bajo el sello de EDIAPSA— la revista

Romance en 1941, con Juan Rejano como director, el pintor Miguel Prieto como diseñador, y como redactores Sánchez Barbudo, Varela, Herrera Petere y yo. Había también un amplio consejo de colaboración, integrado por los más destacados intelectuales hispanoamericanos y entre ellos el conocido novelista mexicano Martín Luis Guzmán, quien además representaba a la empresa ante la redacción. La revista, por su bello e innovador diseño, por la variedad de su contenido y su calidad literaria, significó un verdadero hito en el periodismo cultural hispanoamericano, al dirigirse a un público amplio, pero culto y exigente. *Romance* pudo cumplir cabalmente su objetivo cada quincena en dieciséis números. Bajo la hábil y firme dirección de Rejano, pudo particularmente sortear los obstáculos de la empresa que presionaba, a través del sinuoso Martín Luis Guzmán, para tener una mayor injerencia en la redacción. Aunque la revista tuvo una gran acogida en los medios literarios e intelectuales hispanoamericanos, la presión de la empresa se hizo cada vez más insostenible. Llegó al punto de provocar la ruptura de la colaboración y la amistad de Rejano con Jiménez Siles y la renuncia de toda la redacción. *Romance* llegó así a su fin.

Separados de la revista y privados, por tanto, de los apretados recursos que nos brindaba, cada quien se las arregló como pudo. Rejano, que ya contaba con bastantes amigos en el medio político e intelectual mexicano, entró en el periódico *El Nacional* y fundó en él, más tarde, un suplemento cultural que sirvió de avanzada y modelo a otros que aparecieron después. En él trabajó casi todo el exilio, hasta su jubilación pocos meses antes de su muerte. El suplemento de *El Nacional* se convirtió en un foco intenso de la vida cultural mexicana. Junto a su calidad literaria y a la atracción de su diseño tipográfico, se caracterizaba por abrir sus páginas a los jóvenes escritores —algunos de ellos famosos más tarde— que todavía hoy recuerdan con gratitud la acogida que les daba Rejano.

La actividad de Juan en el periodismo cultural, con ser —como vemos— muy importante, no era la única. En estos primeros

años del exilio —y sin interrumpirla jamás— continúa la obra poética que había iniciado en París. Obra que, por primera vez, adquiere un estado público con la aparición, en 1943, de su primer libro, *Fidelidad del sueño*, prologado por el ya famoso poeta y entrañable amigo suyo, Pablo Neruda. En el prólogo, entre otras cosas, escribe Neruda:

Éste [es] su primer libro en que cada estrella, cada hoja y cada nido guardan los brillos rectilíneos de la conciencia y los destellos insurgentes de la sangre, y la luz machacada de esta hora de la vida.

Esta poesía no cimienta: había un expectante sitio en nuestro idioma para su diamantina estructura.

A partir de *Fidelidad del sueño*, el tesoro poético que Juan va librando, se nos ofrece un libro tras otro: *El genil y los olivos* (1944), *El oscuro límite* (1948), *Noche adentro* (1949), *Constelación menor* (1950), *Cantar del vencido* (1954), *El río y la paloma* (1961) y *El jazmín y la llama* (1965) hasta llegar a sus dos últimos libros: *La tarde* (1976) y *Elegías mexicanas*, publicado ya póstumamente. Para comprender no sólo la perfección formal o “diamantina estructura”, como dice Neruda, sino ante todo el pulso que late, contenido en ella, hay que comprender —en su dimensión fundamental— la condición existencial que vive y siente Juan Rejano. Y esta condición, que viven también la mayoría de sus compatriotas exiliados, es la del destierro: la condición del hombre que, al perder su tierra, se encuentra en la tierra que generosamente lo acoge, sin centro ni raíz, desenterrado. Sus ojos ven y no ven lo que lo rodea, pues sólo tiene ojos para lo perdido. La vuelta a la patria de origen se convierte, por ello, en una obsesión. De ahí nuestras conversaciones, impregnadas de un sentimiento de nostalgia; de ahí también nuestra idealización de lo que hemos perdido: la República, las calles, las flores o las frutas. Se vive fuera del presente, prendidos de un pasado que no se cierra o de un futuro soñado que no llega. Tal es la condición existencial del desterrado y tales los sentimientos que se viven. Pues bien,

a ellos les da Rejano la forma adecuada hasta convertirlos en auténtica poesía del destierro, poesía de una vida en vilo, sin tierra, sin raíz ni centro.

En ella se trasparenta, como en estos versos, la obsesión por la tierra, por la patria perdida: “Mírame aquí, lejana España mía, / devanando en tu imagen mi agonía, / madura la pasión, la sangre alerta” (“Fidelidad del sueño”).

Los ojos del poeta — como decíamos —, en su nueva tierra, sólo ven la tierra de origen: “De lejos me aniquilas y no encuentro otra orilla / donde dejar mis ojos, España, España, España”. Hay, como vemos, un españolismo que obviamente no es el de la Hispanidad, pero que es españolismo al fin.

Hay, pues, un desarraigo en la nueva tierra. Un desarraigo que no es sólo de la vida, sino también de la muerte. Allí no sólo se quiere, se anhela la vida, sino también la muerte:

No quiero morir aquí, que aunque en la muerte gozosa,
rumorosa, de tenerla,
rosal oculto, dentro, vida llevo,
este sueño volver quiero al regazo
maternal de mi tierra y en abrazo
profundo hacerlo florecer de nuevo.

Como sabemos, este sueño para cuyo cumplimiento se preparó Rejano muchos años, después no se cumplió, pues no murió allí, sino aquí; muerte, al fin, desarraigada o desterrada.

El puente que une al desterrado con la tierra perdida en el recuerdo. El desterrado recuerda constantemente. Rejano convierte el recuerdo, de los campos y las ciudades andaluces en canciones, dando una perfecta dimensión neopopular a su poesía en forma de canciones como ésta:

Nieve soy en Cazorla,
la tierra fría.
Barro claro en Andújar,

la alfarería.
En Córdoba la lengua
de cien molinos.
Un espejo en Sevilla
de cristal fino.
Verde aceituna
en San Lúcar no muero,
muere la Luna.

Otras veces el poeta siente la nostalgia de la ciudad natal, filtrada por el recuerdo de su infancia:

[...] aquel árbol humilde
que adoraba mi infancia
el clavel, de los estíos
silenciosos, la calle
con su cal religiosa,
el gemido del niño
que se hundió en el remanso.

(“El oscuro límite”)

Vemos, pues, que Juan Rejano es en México un auténtico y constante poblador del universo poético del destierro, en el que se da la mano con León Felipe, Emilio Prados, Luis Cernuda, Pedro Garfias, José Moreno Villa, Manuel Altolaguirre, Francisco Giner de los Ríos, Concha Méndez y Juan José Domenchina. Pero, así como el periodismo cultural, en el que Rejano se mueve con tanta seguridad, no agota su actividad en el exilio, tampoco la agota su creación poética. Hay también un mundo que lo seduce y en el que pone la pasión por la patria a la que da una forma tan lograda en su poesía. Es el mundo de la política. Me tocó conocer y compartir muy de cerca sus vicisitudes en ese mundo y, por ello, me referiré a ellas.

Los exiliados en México vivían, en sus primeros años de destierro, una intensa vida política, con la esperanza puesta en la

recuperación de la República, lo que parecía no estar lejano. Esta esperanza se fue alejando, primero, y, más tarde, se desvaneció cuando Estados Unidos hizo de Franco un aliado en la Guerra fría. Rejano, sin embargo, como el partido político al que él pertenecía, vinculado con la resistencia en el interior, mantenía la esperanza de que algún día, luchando por realizarla, se podría vivir en una España liberada y democrática.

Su creciente actividad política justamente cuando tendía a bajar en el exilio, determinó que fuera invitado a asistir a un congreso clandestino del Partido Comunista, en el que yo también debía participar como delegado de nuestra agrupación en México. Juan y yo hicimos el viaje juntos a Praga, en septiembre de 1954, sin saber exactamente dónde se celebraría el congreso. Viajamos, naturalmente, en avión, cosa que no le hacía la menor gracia a Juan. Al aterrizar en la capital checa, habían pasado treinta y tres horas. Apenas descendimos por la escalerilla, un hindú, a juzgar por su vestimenta y su rostro verduoso, se acercó a Juan tocando una flauta. Nuestra sorpresa fue mayúscula hasta que se nos aclaró que el hindú esperaba a un famoso flautista, compatriota suyo, al que había confundido, por su rostro, con Rejano.

En los días que precedieron al congreso, pudimos deambular por plazas, calles y puentes de la vieja Praga, que nos dejaron maravillados. Rejano, desde entonces, se convirtió en un enamorado de Praga, a la que volvió posteriormente en más de una ocasión. El congreso se celebró cerca de un hermoso lago no distante de la capital. Una vez terminado, se nos comunicó que no podríamos regresar a México inmediatamente para no dejar pistas que pudieran comprometer la seguridad de los delegados del interior que constituían casi noventa por ciento del Congreso. Santiago Carrillo nos propuso que, mientras tanto, visitáramos Polonia y la Unión Soviética. Y fue así como un viaje previsto para dos semanas se alargó dos meses más. A Moscú llegamos como huéspedes del Comité Central del Partido Comunista Soviético y, por tanto, con los privilegios y las atenciones de los invitados del más alto nivel. El precio que teníamos que pagar por ello era cumplir

una recargada agenda de visitas de museos, plazas, fábricas, catedrales, *koljosi* e instituciones culturales y políticas. Una guía implacable, lista en mano, se presentaba cada día en el hotel a las ocho de la mañana para que cumpliéramos el programa trazado. ¡Imagínense a un noctámbulo como Juan levantándose a las siete de la mañana para poder iniciar las visitas! Obviamente, se resistía todo lo que podía. Al fin, después de un forcejeo verbal, que se prolongaba hasta las diez, abandonábamos el hotel con nuestra inflexible guía. Había visitas que despertaban nuestro interés histórico, político o estético, y otras, las menos, que nos aburrían. En Moscú, fuimos al Teatro Bolshoi y quedamos muy complacidos con los ballets clásicos de la famosa Galina Ulánova y las grandes óperas rusas de Glinka y Musorgsky. También nos impresionaron fuertemente la Plaza Roja, el Kremlin y las catedrales ortodoxas. En Leningrado, recorrimos los lugares históricos de la Revolución y el espléndido Museo del Hermitage. En general quedamos maravillados por la belleza de la ciudad. También navegamos por el Volga y estuvimos en Stalingrado donde aún podían verse las ruinas que dejó la batalla librada por el ejército soviético para romper el cerco nazi.

Como invitados oficiales, pudimos darnos cuenta de los logros alcanzados por el régimen en diversos campos, pero no tanto de las penurias, dificultades y limitaciones que sufría el pueblo soviético. Sí, pudimos advertir, a través del trato que se nos daba, los privilegios de la cúpula (al ser internado Juan en el hospital o al visitar el Museo del Hermitage que fue cerrado porque nos acompañaba *Pasionaria*). También pudimos darnos cuenta de las limitaciones a la libertad de pensar o investigar cuando se me presentó un candidato a doctor en Filosofía para conversar conmigo sobre la tesis acerca de Sartre que preparaba. Y resultó, para asombro mío, que no había leído las obras fundamentales del filósofo francés porque no se le permitía consultarlas en la Biblioteca Lenin. Ahora bien, no obstante estas sorpresas, no se tambaleaba todavía nuestra adhesión a la “patria del socialismo” que, en mi caso, se derrumbaría unos años después.

Durante nuestra estancia posterior en Moscú, asistimos en una tribuna especial al impresionante desfile militar del 7 de noviembre, aniversario de la Revolución, y seguían nuestras visitas interminables. Entre una y otra, nos lamentábamos de no tener tiempo para deambular por las calles y entrar en algún café. Ambas cosas eran imposibles: la primera, por las bajísimas temperaturas — ¡treinta grados bajo cero! —, y la segunda, sencillamente porque apenas si había cafés. Por una y otra razón, el escritor César Arconada nos dijo un día con cierta ironía: “Todo el socialismo por un café de Madrid”.

Terminado el viaje, reanudamos en México nuestra estrecha convivencia y la actividad política militante, aunque desde posiciones opuestas en torno a un conflicto de nuestra agrupación local con la dirección del partido, de la cual Rejano formaba parte. Sin embargo, estas diferencias no alteraron nuestras relaciones, pues para Juan la amistad, dentro y fuera del partido, era algo sagrado.

Del Rejano de aquellos años — cincuentas y sesentas — tenemos un fiel retrato hecho por el pintor amigo entrañable Miguel Prieto. En él aparece sereno, sin dejar de aflorar el volcán de nostalgias y esperanzas que lo quema por dentro. Y, de esos años, tenemos también el certero retrato literario de su amigo y escritor mexicano, Ermilo Abreu Gómez, que nos lo pinta, con rápidos trazos, así:

Tiene perfil de gitano. Pero sabe mirar de frente como los buenos. Su voz es quebrada, igual a la voz de la gente enardecida. Luce miel de moro, que es también miel de categoría ibérica. Su ademán es majoso, como si recibiera órdenes de Ramón de la Cruz. Su mente es rápida en el concebir y su mano pronta en la amistad. Es supersticioso como un torero de la escuela del Gallo. Le tiene horror al animal que no se nombra. Sal y pimienta se derrama en su conversación y en su discurso. Algo de desdén guardan sus labios.

¿Qué vida hacía Rejano en aquellos años? Vivía entonces en una colonia céntrica, cerca del Monumento a la Revolución,

en la calle Ezequiel Montes. En la misma calle o en otras vecinas vivían también sus amigos León Felipe, Emilio Prados, Rodríguez Luna, Pedro Garfias y Herrera Petere, entre otros. Tal era la concentración de escritores y artistas exiliados en aquella zona que los amigos mexicanos —como Andrés Henestrosa— la bautizaron como la Nueva España. De esa casa se mudaría Juan a un edificio muy conocido y de aire señorial en la colonia Condesa.

Su vida se regía por una metódica distribución del tiempo y de sus actos que se repetía casi diariamente. Se levantaba muy tarde, ya pasada la una, por haberse acostado muy tarde también, ya de madrugada. Desde su casa, se dirigía a *El Nacional*, donde trabajaba hasta el anochecer, y desde allí —no estaba distante— marchaba al local del partido, en Versalles 90. Aquí, con un motivo u otro, nunca faltaba una reunión del sector de intelectuales o del grupo andaluz. Terminada ésta, ya cerca de la medianoche, nos trasladábamos al Café Trevi, en los primeros tiempos, o al Sorrento, destruido más tarde por el terremoto de 1985. En el Sorrento teníamos una tertulia a la que asistían León Felipe, Rodríguez Luna y otros amigos muy cercanos. Hacia la una de la madrugada la tertulia se disolvía, pero aún nos quedaban ganas —a Juan y a mí— para una larga caminata desde el céntrico café hasta la entrada del Bosque de Chapultepec, después de recorrer los tres kilómetros del Paseo de la Reforma. Tras repasar en nuestra conversación la situación política de España, los últimos acontecimientos de la vida del exilio y de México y descargar el saco de los recuerdos y las esperanzas, regresaba cada uno a su casa. Yo, a dormir, y Juan a teclear su máquina de escribir durante dos o tres horas, ya fuera para dar rienda suelta a su fluir poético, ya fuera para despachar su “Cuadernillo de señales” en *El Nacional*. En esta colaboración regular se ponía de manifiesto lo que ya había mostrado con creces en su hermoso libro, *La esfinge mestiza*, a saber: su comprensión, teñida de afecto, de la vida mexicana. Los propios mexicanos habían quedado fascinados por las descripciones de paisajes, caracteres, ciudades

y costumbres de su país. Ciertamente, con el tiempo, el excelente libro de Rejano iba quedando como testimonio de un México cada vez más inexistente, hasta el punto de que quien quiera hoy conocer al México y a los mexicanos de los años cuarentas, tendrá que recurrir forzosamente a las hermosas descripciones en las que Juan Rejano transparenta su amor por México. Amor que se conjuga y contrasta, a la vez, con la nostalgia y las obsesiones del desterrado andaluz en aquellos años.

Como vemos, no obstante su nostalgia y obsesión por la vuelta, Juan se sentía a gusto en México. Tenía muchos amigos mexicanos y era querido por los jóvenes escritores a los que tanto ayudaba. Y, sin embargo, a lo largo de sus diez, veinte, treinta y casi cuarenta años de sentirse cerca de México y de los mexicanos, Juan seguía sintiéndose desterrado. Baste recordar estos versos de uno de sus dos últimos libros, en los que sus ojos se vuelven una vez más a la tierra, con el anhelo de que lo recoja, porque a ella le pertenece.

Dice el poeta: "Oh, plural territorio / que yaces sumergido bajo el cieno / de la sangre erigida en voz soberbia: / tómame entre tus brazos, por entero soy tuyo".

A los casi cuarenta años de exilio, Rejano no renuncia — como vemos — a la vuelta de su tierra porque es por entero suyo. Su decisión de volver es firme; para él no entraña dudas ni problemas. No sucede lo mismo para la casi totalidad de los exiliados que aún sobreviven y que se enfrentan a una dramática contradicción que se vuelve angustiada cuando el exilio llega a su fin. Durante largos años, el desterrado quería volver, pero no podía volver. Pero ¿qué haría cuando sí pudiera volver? Esta posibilidad, tanto tiempo anhelada y soñada, se dio, al fin, cuando el "inmorable" — como le llamó Alberti — acabó por morir. Entonces, los exiliados descubrieron que las raíces que habían echado en la tierra que los había acogido eran tan hondas que ya no podrían aprovechar la posibilidad tan ansiada. Dramática contradicción: cuando querían volver, no podían; y cuando podían, ya no podían querer volver. A esta contradicción que desgarraba a tantos

exiliados, entre los que yo me contaba, intenté dar una solución poniendo lo decisivo no en volver o no volver, no en el estar aquí o allá, sino en *cómo se está*.

La situación de Rejano ante esa contradicción, no obstante las raíces que también había echado, era un tanto peculiar y distinta de la de sus compatriotas exiliados: sus dos hijas lo esperaban ansiosas en España; ningún lazo amoroso lo ataba ya después de la trágica muerte de Luisa Carnés, su compañera sentimental, y su vida —la que siempre había llevado en México— era tan modesta que, fácilmente, podría continuarla en España. En consecuencia, tan pronto como se encendieron las primeras luces, no exentas de sombra —de la transición democrática española—, Rejano tomó la decisión de volver a España y de prepararse para ello. Y, con este motivo, se jubiló en *El Nacional*, se desprendió de las cosas materiales que no podía llevarse, aunque sí se llevaría consigo sus libros y sus cuadros más apreciados. Finalmente, aconsejado por su médico y amigo, el doctor Soriano, decidí operarse para no cargar, en su tierra, con los males que, sin ser graves, lo habían acosado durante largos años. Con este fin, a mediados de junio de 1976 se internó en el modesto hospital de su médico en la distante colonia de Tlalpan. Su internamiento y su posterior traslado al importante Centro Médico en el que había de ser operado, no me inquietaron. Unos días antes de ser hospitalizado llamó por teléfono a mi casa y habló con Aurora, mi esposa, lleno de entusiasmo por su viaje. Le contó asimismo que su destino inmediato sería Málaga para estar con sus hijas y que pretendía instalarse, más tarde, en Madrid. Durante los días que estuvo en el hospital de Tlalpan, lo visité diariamente. Siempre lo encontré de buen ánimo y sin temor alguno a la operación. Antes de ser trasladado para operarse al Centro Médico, me dejó el original de su último libro: *Elegías mexicanas*. Lo que tantos exiliados, y durante tanto tiempo, habían soñado, se iba a cumplir en Juan Rejano. Yo, aunque alentaba y justificaba su decisión, sentía en el fondo una enorme tristeza al pensar que el amigo entrañable se marchaba. Pero procuraba alejar mi triste-

za al prometerme que lo volvería a ver, aunque temporalmente, en España. Lo que nunca pasó por mi mente es que Juan nos dejaría para siempre, pues falleció días después, exactamente el 4 de julio de 1976. Tras salir satisfactoriamente de la operación, una maldita infección acabó con su vida.

Aunque sabíamos el cariño que Juan había sembrado en México, su entierro multitudinario nos hizo ver que ese cariño se elevaba a alturas insospechadas. Con él no sólo sus muchos amigos mexicanos y españoles, sino también gran número de gentes que no lo habían tratado, rendían un póstumo homenaje al gran poeta español desterrado, al que consideraban, por su altísima obra poética, toda ella hecha en México, y por su conducta ejemplar, como parte suya. Y, ciertamente, aunque se trataba de un poeta desterrado tan español y tan andaluz, no se equivocaban. Su último libro, *Elegías mexicanas*, vendría a confirmarlo.